

À LOS ALUMNOS DEL COLEGIO MILITAR

Ardiente juventud, tú que la herencia
Recoges ya del siglo diez y nueve,
Y que el maduro fruto de la ciencia
Llevas al porvenir con planta breve ;
Tú que en la edad viril, la limpia aurora
Verás del nuevo siglo, en que, alentado
Por el rico saber que hoy atesora,
Tu espíritu esforzado,
Al saludar gozosa el sol naciente,
Honrarás las conquistas del presente
Con las sabias lecciones del pasado :

Atiende aquí á mi voz ; vibre mi acento
Como un canto triunfal en tus oídos ;
Y en noble sentimiento,
Como al sonar de bélico instrumento,

Los generosos pechos encendidos,
Al escucharse de la lira mía
Las toscas pulsaciones,
La acompañen en rítmica armonía
Latiendo vuestros nobles corazones.

Madre es la Patria, que confiada espera,
Al contemplaros, de su amor ufana,
En la marcial carrera,
Su porvenir, su nombre y su bandera
En vuestras manos entregar mañana ;
Y, escudos de la ley y del derecho,
La mente con la ciencia engalanada,
Las patricias virtudes en el pecho,
Podréis decir que irradia vuestra espada
Aquella luz que en África una noche
Vieron brillar de César los guerreros
Como lenguas de fuego en sus aceros.

Que no siempre el aliento de la guerra
Fué engendro del rencor y la venganza ;
Ni el odio y la matanza
Sobre la faz de la extendida tierra
Han llevado las huestes victoriosas
Que, cual fieros torrentes desbordados,

Destruyeron naciones poderosas
En los heroicos tiempos ya pasados.

El saber, las costumbres, las ideas ;
El rico idioma que á mezclarse llega
Con ignotos idiomas escondidos ;
La extraña actividad que se desplega,
Al formar vencedores y vencidos
Nuevos pueblos, y razas, y naciones,
Con más altas tendencias,
Con más nobles creencias,
Y más rico caudal de aspiraciones :

Ésta la guerra fué. ¡ Cuán grande miro,
Sobre la deslumbrante Babilonia,
Su poderoso imperio alzando Ciro !
¡ Y al hundirse la asiria monarquía,
De sus escombros de oro y alabastro
Surgir una era nueva, como un astro
Derramando la luz del nuevo día !

El espíritu helénico ¿ á quién debe
Su más alto esplendor ? Se alza primero
Como lejana luz brillando leve ;
Lo trasforma en un sol la voz de Homero ;

Y su inmortal fulgor, grande y fecundo,
Viene á alumbrar la historia,
Cuando Alejandro, en alas de la gloria,
Lo extiende en sus conquistas por el mundo.

Predilecto del genio y la victoria,
Por donde quiera que la firme planta
Asienta el hijo de Filipo, un templo
Para honrar el progreso se levanta.
¡ Oh caudillo esforzado y sin ejemplo !
Su triunfal estandarte
Pueblos, reyes y obstáculos desprecia,
Porque lleva con él la fe de Grecia,
La voz del genio y el poder del arte.
Y al calor de la lucha y de las armas,
Y á la sombra del águila altaera
Que hacia el Oriente sus legiones guía,
Cifra imperecedera
De inmensa gloria, nace Alejandria.

¡ Augusto emporio del saber humano,
Irguióse altiva entre la mar y el Nilo,
Siguiendo el trazo que con diestra mano
Supo copiar Dinócrates tranquilo
Del manto militar del soberano !

Ved : las romanas picas aparecen
 Anunciando á la tierra
 Que otros gérmenes crecen ;
 Que en la ciudad de Rómulo se encierra
 El porvenir de cien generaciones,
 Que llevarán, en alas de la guerra,
 Fuertes y victoriosas sus legiones.
 Y bajo el sol ardiente de Cartago,
 Y en la margen del Támesis sombrío,
 Y del Danubio entre el murmullo vago,
 Y al pintoresco pie del Alpe frío,
 Con César y Pompeyo soberanas,
 Llevando al mundo entre sus garras preso,
 De la victoria al encendido beso,
 Se han de cernir las águilas romanas.

Y al cruzar esas huestes, anchas vías
 Se abren para el viajero ;
 Despiertan en los pueblos simpatías,
 Del mercader audaz rico venero ;
 Surcan tendidos mares los bajeles,
 Y, nuevo Deucalión, Roma dejando
 Su camino regado de laureles,
 Fantásticas ciudades van brotando ;
 Y, el polvo que levantan los corceles,

Al disipar los vientos,
 Dejan ver, como huellas de su paso,
 Soberbios monumentos
 Desde do nace el sol hasta el ocaso.

Después de tantos siglos de victoria
 Roma también inclina su bandera ;
 Y los últimos fastos de su historia
 El triunfo son de muchedumbre fiera
 Atravesando con feroz encono
 Los lejanos y estériles desiertos,
 Y en numerosas hordas conducidos
 Por caminos inciertos.
 Cual de mares que están embravecidos,
 Su espuma salpicando en las arenas
 Las gigantescas olas,
 Llegan á sepultar playas serenas :
 Así vienen, ardientes y terribles,
 Hunos, godos, alanos y lombardos,
 Vándalos, francos, suevos, burguiñones,
 Galos y anglo-sajones ;
 Y de ese hervor de muchedumbre extraña
 Surgen nuevas naciones :
 Inglaterra, Alemania, Francia, España.

Del escondido seno de la Arabia
 Brota un incendio nuevo que devora
 Al mundo ya cristiano ;
 Brilla la media luna aterradora ;
 Lanza un grito de guerra el africano ;
 Y Europa, en otro tiempo vencedora,
 Trémula mira la atrevida mano
 Del hijo del profeta,
 Que, incontrastable, vino
 Á clavar su pendón sobre los muros
 De la imperial ciudad de Constantino.
 Su irresistible empuje
 Hace rodar el trono de los godos ;
 Al paso del islam la tierra cruje,
 Y al cielo de la ciencia tres estrellas
 En tan sangrienta y trágica demanda
 Asoman luego espléndidas y bellas :
 Son Córdoba, Bagdad y Samarcanda.

Y en esa larga noche tenebrosa
 Del espíritu humano, en la Edad Media,
 Esos astros de luz esplendorosa
 Guardan el sacro fuego
 Que el mundo entonces desconoce ciego,
 Y que otra culta edad mira asombrada,
 Cuando su noble admiración excita

De Córdoba la arábica Mezquita,
 Y la soberbia Alhambra de Granada.

Siempre tras de la guerra,
 Más vigorosa llega la cultura :
 Así sobre la tierra
 La negra tempestad ruge en la altura ;
 Tremenda se desata
 De su seno la hirviente catarata ;
 El formidable rayo serpentea ;
 El relámpago incendia el horizonte ;
 El huracán los ámbitos pasea,
 Infundiendo el terror del prado al monte ;
 Y aquella confusión que, estremecida
 Y acobardada ve Naturaleza,
 Es nueva fuente de vigor y vida,
 Y manantial de amor y de belleza.

Recordadlo vosotros, cuyo pecho
 Desde temprana edad honra la insignia
 Del soldado del pueblo y del derecho ;
 Y no olvidéis jamás, si acaso un día,
 Siguiendo con valor vuestra bandera
 Lleváis ó resistís la guerra impía
 De nación extranjera,
 Sin consentir jamás infame yugo,

Que la espada esgrimís del ciudadano,
 No el hacha del verdugo :
 Que el pendón que enarbola vuestra mano,
 Es la antorcha de luz, y no la tea
 Del incendiario vil : que los desvelos
 De esta patria, tan tiernos y prolijos,
 Es hallar en vosotros dignos hijos
 De Hidalgo, de Guerrero y de Morelos.

No olvidéis que mecióse vuestra cuna
 En el mismo recinto
 Sobre el cual resistieron los aztecas
 Á las huestes del César Carlos Quinto ;
 Y que el indio jamás huyó cobarde,
 Ni al ver flotando espléndidos palacios
 En el revuelto mar, de audacia alarde ;
 Ni al ver cruzar, silbando en el espacio,
 El duro proyectil ; ni ante el ruído
 Atronador del arcabuz ibero ;
 Ni al conocer el ágil y ligero
 Corcel, que, resoplando entre la espuma
 De sus hinchadas fauces, parecía
 Hundir el virgen suelo que regía
 Con su dorado cetro Moctezuma.
 Recordad que á los golpes de la espada,

Y de las lanzas á los botes rudos,
 Nunca temió la raza denodada,
 Cuyos pechos desnudos
 Puso ante los cañones por escudos.
 Recordad que este pueblo, cuando siente
 Herir su dignidad, fulmina el rayo,
 Lo mismo en las montañas insurgente,
 Que en los baluartes bajo el sol de mayo :
 Que, en páginas de luz dejando escritas,
 Glorias que nunca empañará la niebla,
 Hidalgo fué un titán de Granaditas,
 Y fué un gigante Zaragoza en Puebla :
 Que merece en la historia eterna vida
 La guerra al invasor osado y fiero,
 Cual merece la guerra fratricida
 La maldición del Universo entero :
 Que una docta experiencia
 Dicen que dan el triunfo ambicionado,
 Más que las toscas armas del soldado,
 Las invencibles armas de la ciencia ;
 Y, sabios y prudentes,
 Al recoger la enseña sacrosanta
 De esta patria, que hoy ciñe vuestras frentes
 Con el lauro debido á vuestro celo,
 Veladla siempre con amor profundo ;

Y así cual brilla el sol sobre la esfera,
 Mire brillar en vuestra mano el mundo,
 Libre y llena de honor, nuestra bandera.
 Dad de firmeza y de heroísmo ejemplo;
 Nunca luchéis hermano contra hermano;
 Amad la patria: y hallaréis por templo
 El corazón del pueblo mejicano.

1886.

BIBLIOTECA PARTICULAR
 DE LA

Sra. Felicitas Lozano
 PROFESORA DE CANTO.

À GARIBALDI (1)

El aura popular me trajo un día
 Un nombre que la fama y la victoria
 Coronaron de luz y poesía
 En la tierra del arte y de la gloria.

Brotando del estruendo de la guerra,
 De patricia virtud germen fecundo,
 Cruzó como relámpago la tierra,
 Y como himno triunfal vibró en el mundo.

Símbolo de una causa redentora,
 Conquistó aplausos, lauros, alabanza,
 Y brilló sobre Italia como aurora
 De libertad, de unión y de esperanza.

¡Garibaldi! con júbilo exclamaba
 Entusiasmado el pueblo por doquiera,

(1). Esta poesía ha sido traducida al italiano por el distinguido literato y diplomático conde de Foresta.

Y América ese nombre lo agregaba,
Como nuevo blasón, á su bandera.

¡Oh titán indomable! tú traías
Sobre tu fe la inspiración del cielo,
Y eras para tus pueblos el Mesías
Anunciado por Dante y Maquiavelo.

En la lucha león, niño en el trato,
Clemente y fraternal con los vencidos,
Fué tu palabra el toque de rebato
Que despertó los pueblos oprimidos.

Por donde quiera que tu faz asoma,
Su salvador el pueblo te proclama,
Y Bolonia, Milán, Nápoles, Roma,
Responden á tu esfuerzo y á tu fama.

Es de un hijo de Esparta tu bravura;
Fuego de Grecia en tu mirar entrañas;
Y en el Tirol tu bíblica figura
Parece un semidiós de las montañas.

Tu abnegación sublime me conmueve;
No es mi laúd quien tu alabanza entona:
La eterna voz del siglo diez y nueve
Por todo el mundo tu valor pregona.

Tuviste siempre corazón entero
Donde ningún remordimiento anida,
Pecho de bronce, voluntad de acero,
Ojos radiantes de esperanza y vida.

Marino en la niñez, acostumbrado
Á combatir la tempestad á solas,
Diste á tu genio el vuelo no domado
Del huracán al encrespar las olas.

No me asombra en Egipto Bonaparte
Que las altas pirámides profana;
Me admiras tú, clavando tu estandarte
En la desierta pampa americana.

Al César vencedor el turbio Nilo
Aun en sus ondas con terror retrata,
Mientras tu rostro escultural, tranquilo
En su cristal azul dibuja el Plata.

¿Dónde habrá más virtud y más nobleza:
En el que al mundo en su ambición oprime,
Ó en el que, sin corona en la cabeza,
Unifica su patria y la redime?

¡Eras un gladiador! Te halló más fuerte
Que un cedro de los Alpes tu destino.

Forma, desde tu cuna hasta tu muerte,
Un bosque de laureles tu camino.

Cuando la hiel de todos los dolores
Cayó en tu abierto corazón de atleta,
Fué la cruz de los grandes redentores
La visión de tu numen de profeta.

Viendo en toda la Italia una familia,
Tanto te sacrificas en su abono,
Que cuando audaz conquistas la Sicilia,
Por no romper la unión, la das al trono.

¡Bendigo tu misión! El mundo ingrato,
Que hoy aplaude tu nombre y lo venera,
Olvidará que fuiste un Cincinato
En tu retiro augusto de Caprera.

Negará que tu te republicana,
Iluminando siempre tu horizonte,
Brilló en Palermo, deslumbró en Mentana,
É irradió como sol en Aspromonte.

Olvidará también que tus legiones
Llevaron siempre combatiendo, fieles,
Por escudos sus nobles corazones,
Las glorias de la patria por laureles.

Mas no podrá negar que, entre prolijos
Goces, te vimos con amor profundo,
Dar tu sangre y la sangre de tus hijos
Por defender la libertad del mundo

No sólo Roma con viril acento
Ensalzará tu nombre, ilustre anciano,
Que ya dejas perpetuo monumento
En cada corazón americano.

Francia se enorgullece con tu nombre;
Méjico rinde culto á tu memoria;
Y no hay una nación que no se asombre
De tu fe, de tu genio y de tu gloria.

Sirva á los pueblos libres de amuleto
Tu nombre, que la historia diviniza,
Y el mundo mire siempre con respeto
El ánfora que guarde tu ceniza.

La República fué tu culto santo
La unión de Italia tu ambición suprema,
La blusa roja tu purpúreo manto,
Y el gorro frigio tu imperial diadema.

LAS FLORES

(LEÍDA EN SAN ÁNGEL, EN LA APERTURA DE LA
VIII EXPOSICIÓN DE PLANTAS Y FLORES)

¿Hay algo en esta vida
Toda dolores,
Más tierno que los niños
Y que las flores?
¿Hay símbolo más dulce,
Más elocuente,
Que diga lo que el alma
Callando siente?
Mirad... cierran el campo
Los horizontes;
Son murallas azules
Los altos montes.
En sus cimas se posa
La blanca nube
Que del tranquilo lago

Ligera sube.
El sol quiebra sus rayos
En la cascada,
Y los vientos suspiran
En la enramada.
Sobre el enhiesto roble
Tosco y severo,
Entre las verdes hojas
Canta el jilguero.
La parvada de tordos
Rauda se aleja,
Y en los lirios azules
Zumba la abeja.
Luce el granado flores
Como escarlata,
Las azucenas fingen
Copas de plata;
Y en naranjos que mecen
Doradas pomas,
Cantoras de la tarde
Son las palomas.
Al son de los arroyos
Murmuradores
Se duelen y se plañen
Los ruiseñores,

Y en los alegres prados
 Y en las colinas,
 ¡Qué alegres van y vuelven
 Las golondrinas!
 ¡Cómo brillan los rayos
 Del sol fecundo!
 ¡Qué jardín tan risueño
 Parece el mundo!
 Es porque está de gala
 Natura entera;
 Es porque está reinando
 La Primavera,
 Y no hay en esta vida,
 Toda dolores,
 Nada tan expresivo
 Como las flores.
 Una flor en el pecho
 Del ser amado,
 Es la llave de un cielo
 Siempre anhelado.
 Allí encuentra la vida
 Que el alma quiere,
 Y al fuego de esa vida
 Marchita muere.
 Que así en amores miran

Los corazones,
 Morir como las rosas
 Las ilusiones.
 En la iglesia más pobre,
 Más solitaria,
 Es un ramo de flores
 Una plegaria :
 Que sus hojas que adornan
 El templo santo
 La fe las humedece
 Con tierno llanto ;
 Y la fe con sus alas
 De raudo vuelo,
 Oración y perfume
 Remonta al cielo.
 Cual corona de estrellas
 Los azahares
 Brillan en blancas frentes
 En los altares :
 ¿ Qué diadema más digna
 De la belleza ?
 ¿ Qué simbolo más tierno
 De la pureza?...
 ¡Ay! también en las tumbas
 Las flores crecen;

Ni se cansan, ni olvidan,
 Ni desfallecen.
 Allí, lejos del brillo
 Del mundo vano,
 Crecen sobre la madre,
 Sobre el hermano.
 Que el manto del olvido
 La tumba envuelva :
 Sobre él tiende sus flores
 La madre selva.
 La memoria de un muerto
 Queda perdida ;
 La flor es una hermana
 Que nunca olvida,
 Y de la helada tumba
 Bajo el abrigo,
 Dice al que duerme solo :
 « Yo estoy contigo ».
 ¡Ay! son flores hermosas
 Las ilusiones
 Que embriagan y adormecen
 Los corazones.
 Allá en la Primavera
 ¡Cuántas nacieron!
 Unas se marchitaron,

Otras se fueron,
 Y sobre el campo estéril
 De los dolores,
 Son cardos los recuerdos :
 ¡Qué tristes flores!
 El campo que hoy alegra
 La luz del día,
 Lo secará diciembre
 Con mano fría ;
 Pero pronto, á los besos
 Del sol ardiente,
 Tornará su belleza
 Más esplendente.
 Y abrirán sus nectarios
 En las corolas,
 Los lirios, las violetas,
 Las amapolas.
 Tendrá rumor la fuente,
 Aroma el prado,
 El jardín mariposas,
 Fruto el granado ;
 Y sonarán los cantos
 Dulces, sentidos,
 De avejillas que pueblen
 Los nuevos nidos.

Así también el alma
 Que sufre y llóra,
 Tras de la negra noche
 Tiene su aurora.
 Á cuántos bellos nombres
 Su luz alcanza
 Se llama fe, ventura,
 Gloria, esperanza ;
 Que si son cual invierno
 Las decepciones,
 ¡Tienen su primavera
 Las ilusiones!
 Se llora una esperanza
 Que se derrumba,
 Y luego crecen flores
 Sobre su tumba.
 Fecunda el alma humana
 Como la tierra,
 Gérmenes de ventura
 Constante encierra,
 Y halla, para consuelo
 De sus dolores :
 ¡La mujer! ¡La más bella
 Flor de las flores!

HORACIOS Y CURACIOS

De mi vida al nublado campamento,
 Tres adalides, sin temer la muerte,
 El amor, la virtud y el sentimiento
 Lanzáronse luchando con la suerte.

Sale el amor, y muere traicionado;
 Va la virtud, y quédase cautiva;
 Y el sentimiento, en lágrimas bañado,
 Murió como una humilde sensitiva.

Como el roble montés que no se abate,
 Sólo la fe en el triunfo quedó entera...
 ¡Mis soldados han muerto en el combate!
 ¡Dejadme que conserve la bandera!

INMORTAL

Al rumor de la orquesta, entre el ruido
Que del aplauso en el salón resuena,
El eco escucho de tu voz serena,
Y pertinaz me sigue tu gemido.

Arcángel de mi amor, ¿dónde te has ido?
Tú ya duermes en paz, yo vivo en pena,
Y sólo tu recuerdo es el que llena
Mi corazón llagado y dolorido.

Donde quiera que estés ¡oh mi tesoro!
Verás bien cuánto sufro con no verte,
Cuánto entre risas por tu ausencia lloro;

Cuánto maldigo mi contraria suerte.
Mi conciencia es tu altar; allí te adoro;
Y tu amor inmortal vence á la muerte.

1888.

BESOS Y LÁGRIMAS

Era una noche
De primavera,
Azul el cielo,
La luna en llena,
Abajo flores,
Arriba estrellas,
Mi hogar completo,
Yo, muy contenta,
Y tú, mi amante,
Junto á mi puerta,
De pie esperaste
La cita aquella;
Cita en que hiciste

Tantas promesas,
 Y en que, rendida
 De pasión ciega,
 Te di en un beso
 Mi vida entera.
 Lo que dijimos
 Dicho se queda :
 Amor sin nube,
 Constancia eterna,
 Unir las almas,
 Callar las penas,
 Y al fin juntarnos
 Sobre la tierra,
 Sin romper nunca
 Nuestras cadenas...
 Una casita
 Blanca y modesta,
 Único adorno
 De una pradera;
 Con fuentes claras,
 Con flores nuevas,
 Con dulces nidos
 De aves parleras;
 Y allí jugando
 Las horas muertas

Dos angelitos
 Que hermanos fueran :
 Frente muy blanca,
 Rubias cabezas,
 Labios de rosa,
 Pupilas negras...
 — Calla y no sigas,
 Que me atormentas.
 Alma del alma,
 ¡Qué bien te acuerdas!

II

Era una noche
 De enero, eterna :
 El aire helado,
 Las aves yertas,
 Las fuentes mudas,
 Las flores secas,
 Mi hogar muy triste,
 Mi madre muerta,
 Y ex torno suyo
 La blanca cera
 Lanzando débil

Su luz siniestra;
 Y yo, velando
 Con honda pena,
 Oí en la torre
 Sonar muy lentas
 Las campanadas,
 Que un tiempo fueran
 Las escogidas
 Con dicha inmensa
 Para cumplirnos
 La cita aquella;
 Cita en que hiciste
 Tantas promesas,
 Y en que, rendida
 De pasión trémula,
 Te di en un beso
 La vida entera...
 ¿Por qué olvidaste
 Mi pasión ciega?
 ¿Por qué no vuelves?
 ¿Por qué te ausentas?
 ¿Por que borraste
 Dichas tan tiernas,
 Cual borra el viento
 Sobre la arena

Del caminante
 La débil huella?
 ¡Vivi tan sola!
 ¡Sola y enferma!
 Con negros duelos,
 Con horas negras,
 Sin más familia
 Que mis tristezas...
 ¡Ay! recordando
 La noche aquella
 En que dijiste
 Cosas tan tiernas:
 Que me adorabas,
 Que en tu conciencia
 Era mi imagen
 La sola reina;
 Y la casita
 Con flores nuevas,
 Con fuentes claras,
 Y aves parleras;
 Y aquellos niños
 De faz serena,
 Con frentes blancas,
 Rubias cabezas,
 Labios de rosa,

Pupilas negras...
— Calla y no sigas,
Que me atormentas.
Alma del alma,
¡Qué bien te acuerdas!

A CARLOS NOREÑA

(EN EL NACIMIENTO DE SU PRIMER HIJO)

¡Ya coronó la dicha tus amores!
Un hijo tienes ya, que habrá nacido
Oyendo, cual los dulces ruiseñores,
Músicas en los aires y en el nido.

Sé que la madre de ventura loca
Cifra en él sus más dulces embelesos,
Y que en la fresca guinda de su boca
Acendra miel con lágrimas y besos.

Sé que á ti ya te enferman los sonrojos,
Pues cada extraño que en tu bien repara
Te dice que sus ojos son tus ojos.
Que en su cara de cielo está tu cara.

Y hablando la verdad, si se parece
A su progenitor, yo lo bendigo;